

A.C.N. DE P.

AÑO XXVII

1 de julio de 1951

Número 481

LA GRAN CRUZ DE SAN SILVESTRE, CONCEDIDA POR SU SANTIDAD A NUESTRO PRESIDENTE, DON FERNANDO MARTIN-SANCHEZ JULIA, LE HA SIDO SOLEMNEMENTE IMPUESTA

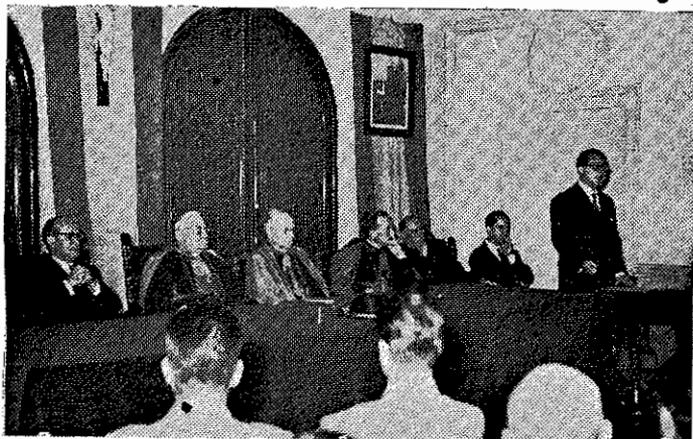
CON ESTE MOTIVO LE RINDIERON HOMENAJE LAS JUVENTUDES CATOLICAS DE ESPAÑA

Asistieron al acto el ministro de Educación Nacional, el Nuncio de Su Santidad, los Obispos, consiliario nacional de Acción Católica, de Palma de Mallorca, los dos auxiliares de Madrid-Alcalá y otras muchas personalidades

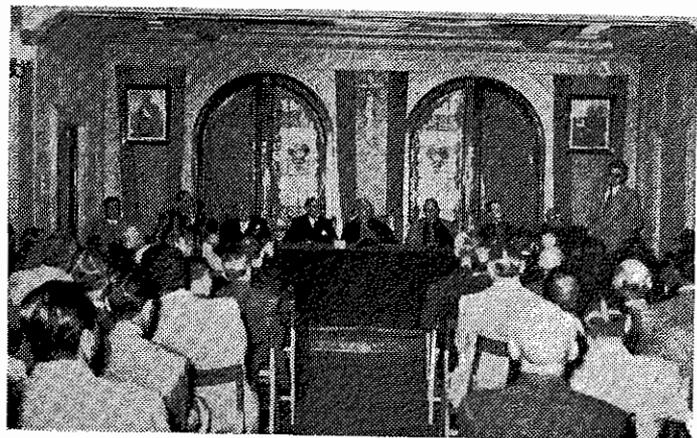
El pasado día de San Pedro, bajo la presidencia del excelentísimo y reverendísimo señor Nuncio de Su Santidad, se celebró en el salón de actos de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas la solemne imposición de la gran cruz de la Orden de San Silvestre al Presidente de la

Ricote; los directores generales de Asuntos Consulares, Prensa y Bellas Artes, propagandistas del Centro de Madrid, Antero de Ussia, Tomás Cerro Corrochano y marqués de Lozoya; decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Central, don Eloy Montero; el presidente de la Junta técni-

dió lectura al decreto del Sumo Pontífice por el que se confiere la gran cruz de San Silvestre a don Fernando Martín-Sánchez Juliá; a continuación se leyeron las numerosas adhesiones recibidas, entre las que figuraba la del Cardenal primado, doctor Pla y Deniel; del Obispo de Málaga y



Por los jóvenes de la Asociación habla Federico Silva



Los congregantes marianos tuvieron su portavoz en Rodolfo Argamentaría

A. C. N. de P., don Fernando Martín-Sánchez Juliá. La condecoración se la había concedido el Sumo Pontífice con fecha 10 de junio último, según aparece en el diploma, cuyo facsímil publicamos en las páginas de este BOLETIN, así como la traducción de su texto.

Al acto asistieron, entre otras muchas personalidades, el Ministro de Educación Nacional, propagandista del Centro de Madrid, José Ibáñez Martín; el Obispo consiliario nacional de la Acción Católica Española, monseñor Zacarías de Vizcarra; el Obispo de Palma de Mallorca, doctor Hervás; los dos auxiliares de Madrid-Alcalá, doctores García Lahiguera y

ca de Acción Católica, compañero nuestro de asociación, Alfredo López; el propagandista consejero-delegado de La Editorial Católica, Francisco de Luis, y otros varios consejeros.

Entre las personas que llenaban el amplio salón existían representantes de las cuatro Ramas de la Acción Católica, de las Congregaciones Marianas, de los Jóvenes de la A. C. N. de P. y de otros varios organismos, pues aunque al acto se le dió carácter íntimo, tanto por los asistentes como por la forma con que rindieron este homenaje los encargados de hacerlo, revistió carácter de solemnidad.

Abierto el acto por monseñor Cignani, Nuncio de Su Santidad, se

consiliario nacional de la Asociación, doctor Herrera Oria; del Obispo de Córdoba, fray Albino Menéndez y G. Reigada; del embajador de España en el Vaticano y miembro de la Asociación, señor Ruiz-Giménez; de los directores generales de Enseñanza Universitaria y de Asuntos Eclesiásticos y de relevantes personalidades y organismos.

Más que cuantos comentarios pudiéramos hacer acerca del homenaje rendido a nuestro Presidente por la merecida distinción que el Papa le ha conferido, dicen las palabras de los encargados de rendirlo y las del que le recibió.

Habló en nombre de los Jóvenes de

TRES PORTAVOCES DE LAS JUVENTUDES ESPAÑOLAS TRIBUTAN SU LAUDO A NUESTRO PRESIDENTE

“La obra de Martín-Sánchez—dijo Federico Silva—tiene sacrificio de catacumba, constancia catedralicia y fervor de imaginero”

“Los 8.000 ó 9.000 congregantes marianos repartidos por España sienten conmigo la ilusión de ofrecer este homenaje” (Argentería)

“MARTIN-SANCHEZ REPRESENTA COMO NADIE ESA OLVIDADISIMA VIRTUD DE LA MAGNANIMIDAD” (PASTOR)

Federico Silva habla por los jóvenes de la Asociación

Excelentísimos y reverendísimos señores; señores, señoras: Hemos conmemorado en estos días de junio jubilar y florido de 1951 el quinto aniversario de la creación del primer Círculo de Jóvenes de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas; el Círculo de Madrid. Y hemos querido unir esa fecha tan grata a un acto de homenaje y devoción a la persona de don Fernando Martín-Sánchez, que deseábamos rendir en unión de nuestros hermanos de apostolado juveniles.

La paternal benevolencia de Su Santidad el Papa nos ha dado ocasión y motivo para ello concediéndole la Gran Cruz de la Orden de San Silvestre, que hoy, el excelentísimo y reverendísimo señor Nuncio de Su Santidad, nos hace el honor de imponerle. Y había de ser un homenaje juvenil a quien ha sido maestro de generaciones. Cuando las promociones universitarias de 1920 penetraron en el torrente de la vida española profesional, científica, oficial, económica, Martín-Sánchez permanece en su puesto de honor y de sacrificio, y no por prodigio faústico, sino milagro de la gracia y esfuerzo de su voluntad, se transforma, de capitán juvenil de ayer, en maestro, guía y consejero de las generaciones de hoy. Y la juventud, señores, será imprudente, será irreflexiva, tendrá muchos defectos, pero siempre será agradecida. Y no podemos olvidar a esta figura prócer, que deja

en nosotros una huella perpetua e imborrable.

El ejemplo de Martín-Sánchez

El nos ha dado la lección de su palabra y el magisterio de su conducta. De su palabra certera, brillante, prudente, pero que sería frágil luminaria si no se asentara en la roca viva de una conducta que todos los días nos está dando: la lección del sacrificio, la lección de la tenacidad y la lección del optimismo.

El nos ha dado la lección del sacrificio, que hace fecundas a la vida y a sus obras, sobre todo si éstas son de apostolado. Y en las horas de desaliento o en las horas de fatiga, él nos ha dicho “Quo Vadis”, que como el Apóstol Pedro, de santa memoria, que hoy celebra la Iglesia universal, nos ha hecho sentir el deber y la esperanza de la Cruz.

Pero él también nos ha dado la lección de la tenacidad. De una tenacidad extraordinaria, porque si la medida de los grandes hombres la cantan la voz muda de sus obras, no cabe duda que múltiples fueron las que nacieron del corazón y la cabeza de Martín-Sánchez. Pero sobre todas, ahí está escrita en piedra, en la Ciudad Universitaria, el Colegio Mayor de San Pablo, que, como su propia personalidad, se halla inmensa en el mundo, pero proyectado a la eternidad.

La lección del optimismo

Si los cristianos antiguos nos dejaron testimonios de su sacrificio en la geometría subterránea de las catacumbas; los cristianos medievales nos la dejaron de la constancia en la mole granítica de sus catedrales, la España misionera nos la deja de su fervor en el cincel de sus imagineros. Martín-Sánchez, en su obra, nos deja la síntesis

de todo ello, porque tiene sacrificio de catacumba, constancia catedralicia y fervor de imaginero. Pero, además, nos deja también otra lección: la lección del optimismo. Optimismo que no es alocamiento, como muchas veces se da a entender con un sentido peyorativo, sino que es la plenitud de la gracia y de la fe, que es el “omnia possum in eo qui me confortat”, lema y divisa de nuestra Asociación, que el Presidente hace vida en la lección cotidiana, sin palabras, como el agua mansa fecunda la tierra sin el estrépito de los grandes temporales.

La dinámica del espíritu

De propósito no he querido referirme a la cruz de la inmovilidad de su cuerpo, porque he preferido fijarme en la prodigiosa dinámica de su alma. Sí. Yo creo que los cristianos actuales no cultivamos debidamente la virtud de la esperanza. Por eso no nos debemos fijar en el dolor de la hora presente, sino más bien en la gloria venidera. Y entonces sólo pedimos al Altísimo y a la Santísima Madre de Dios que, como te hemos seguido en la tierra, te podamos también seguir en el cielo. Y si alguno de nosotros hubiera sido negligente luchador, entonces él dibujará también su sonrisa cordial y benévola ante el Altísimo para pedirle que derrame el río de su misericordia antes de que mueva la espada de su justicia. Y nada más. Como al final de uno de nuestros Círculos de Estudios semanales, te ofrezco, en nombre de todos los grupos juveniles extendidos por España, de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, este homenaje; suple las deficiencias de nuestra expresión con la grandeza de nuestra gratitud y con la certidumbre de que, al correr de los tiempos, entre los recuerdos profundos y entrañables de nuestros años juveniles, quedará eternamente unida a nuestra alma la lección de vida y esperanza que nos diste con tu propio ejemplo. (Grandes y prolongados aplausos.)

la Asociación Federico Silva; por la Confederación Nacional de Congregaciones Marianas, Rodolfo Argentería, y por los Jóvenes de Acción Católica, Enrique Pastor.

Entre grandes aplausos e inmediatamente después, el Nuncio de Su Santidad, monseñor Cicognani, impuso las insignias de la Orden de San Silvestre a Fernando Martín-Sánchez y le dedicó cariñosas palabras de felicitación.

Elocuentes y emotivas fueron las frases de Fernando Martín-Sánchez en el discurso que insertamos después, y que pronunció apenas recibir la distinción de que era objeto, terminando el acto el Obispo titular de Eresso, consiliario nacional de la Acción Católica Española, monseñor Zaccarias de Vizcarra, de cuya intervención ofrecemos un resumen en las páginas de este BOLETIN.

En representación de las Congregaciones Marianas interviene Rodolfo Argentería

Excelentísimo y reverendísimo señor; excelentísimos señores, señoras:

Me corresponde a mí en este segundo lugar ser, empleando una frase de nuestro propio homenajeado, un agresor más en esta batalla de flores que hoy la Juventud Católica ha querido rendir a través de esta gran Cruz de la Orden

ecuestre de San Silvestre a don Fernando Martín-Sánchez.

Motivos de este homenaje

Pero me interesa un poco aclarar con estas palabras más el motivo también fundamental, o los dos motivos fundamentales, por los cuales hoy las Con-

gregaciones Marianas Universitarias se acercan a rendir este sentido y cariñoso homenaje.

Martín Sánchez, congregante activo

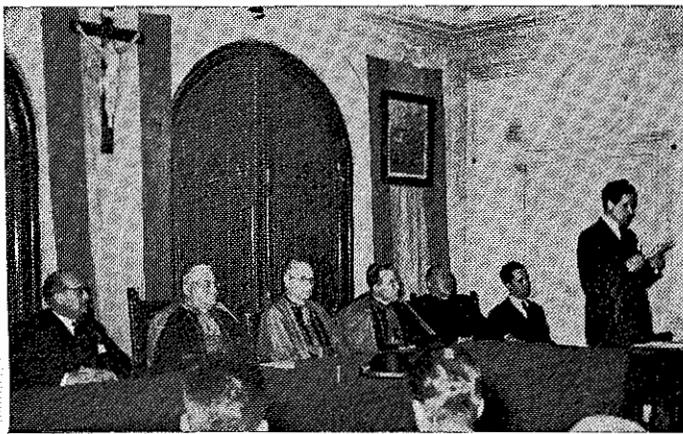
El primero de ellos, y acaso el más fundamental, es; y esto los jóvenes quizá no lo conozcan muchos, que allá por los primeros años de nuestro siglo, sobre todo por los años 5 al 29, Fernando Martín-Sánchez militaba en las filas de las Congregaciones Marianas, y él mismo, me lo ha dicho muchas veces, forjó en ellas parte de ese espíritu apostólico que luego le llevaría a realizar las grandes empresas de los años posteriores. Y así nos encontramos en esos años con Fernando Martín-Sánchez en las filas de aquella Congregación de San Estanislao de Kostka, que dirigiera el padre Oliver. Más tarde lo encontramos también, precisamente, en las filas de la Congregación de Nuestra Señora del Buen Consejo, que diri-

gieran el padre Castañer, padre Ayala y algunos otros, y también, no puedo por menos de decirlo, en aquella peregrinación nacional de las Congregaciones, en la que precisamente Martín-Sánchez fué una de las almas fundamentales que llevaron a Roma el fervor mariano de nuestra juventud española.

Por esta circunstancia providencial ha sido por la que, cuando se pergeñó y se preparó este homenaje de la juventud española, tenían que formar también en él las Congregaciones Marianas, y precisamente las Congregaciones Marianas Universitarias, porque en los últimos años nos hemos encontrado que muchos de los que militamos en estas filas lo hacemos también unidos a la Obra de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, militando en ella, como ocurre con el presidente de la Congregación Mariana y otros como el que os habla, a través del Colegio Mayor de San Pablo y Centro de Estudios Universitarios.

Homenaje de toda España

Por estas causas hemos querido rendir homenaje sincero, pues los 8.000 ó 9.000 universitarios congregantes marianos repartidos por el haz de España, sienten conmigo la ilusión de ofrecer este homenaje. Y por eso, cuando esa Gran Cruz penda sobre el pecho de don Fernando Martín-Sánchez, puedo asegurarnos que va el afecto y admiración de esos 9.000 congregantes marianos; pero, además, con la seguridad, puedo decirlos, que va prendido también en esa cruz el auténtico deseo de que sea don Fernando Martín-Sánchez para ellos el verdadero ejemplo de apostolado y vida católica. Y por eso estamos presentes aquí y por ello son mis palabras de adhesión y homenaje. Que quede bien claro que va prendido este afecto y esta simpatía de las Congregaciones Marianas y mío propio como presidente nacional de ellas. (Grandes aplausos.)



Enrique Pastor ofrece el homenaje de los jóvenes de Acción Católica



El excelentísimo señor Nuncio de Su Santidad impone la gran cruz de San Silvestre al Presidente de la A. C. N. de P. A la derecha, el ministro de Educación Nacional, y a la izquierda, el Obispo auxiliar de Madrid, doctor Ricote

Por la Juventud de Acción Católica hizo uso de la palabra Enrique Pastor

Excelentísimos y reverendísimos señores; excelentísimos señores, señoras y señores:

Este acto, que por sus circunstancias debió ser extraordinariamente solemne e íntimo, ha querido la Divina Providencia el que una intervención especialísima de la Juventud le reste bastante de su solemnidad y bastante también de su intimidad. Pero no hay duda ninguna de que el Señor hará el milagro de que, como dice la Escritura, de la boca de los que no saben hablar salga una perfecta alabanza. Yo por lo menos así lo deseo y con esta confianza en el Señor comienzo a decir que difícilmente podrá evocar, como hubiera sido oportuno a vuestro recuerdo, las muchas e indiscutiblemente ejemplares hazañas de don Fernando Martín-Sánchez, que Su Santidad ha querido premiar con esa condecoración. Yo no sé más que, como un dato de la Historia, que allá cuando yo apenas había nacido, don Fernando Martín-Sánchez ya era un insigne militante en las filas católicas y que fué designado por la Jerarquía para formar el primer Comité organizador de la Juventud Católica Española. Ya entonces había hecho sus armas en las congregaciones marianas universitarias y en los estudiantes católicos, y ya era una persona en la cual la Iglesia española tenía puestas sus esperanzas. Yo podría luego decir, en estos últimos años en los cuales he podido tratarle y tener la inmensa satisfacción de tener algunos

ratos de intimidad con él, que he comprendido perfectamente el porqué hace años ya era una gran figura del catolicismo español.

Las nuevas generaciones se honran siguiendo las orientaciones de Martín-Sánchez

Pero no es este el objeto de mis pocas palabras, sino el ofrecerle un homenaje para el futuro, porque este fué el fundamento de la intervención de la Juventud en este acto. El decir a una persona que representa como nadie entre nosotros esa olvidadísima virtud de la magnanimidad que ha sabido hacer tantas obras para el futuro católico de España, que las generaciones que le siguen tienen el honor de creer comparir sus ideales y piensan continuar sus obras, si no con su competencia y su esfuerzo, sí por lo menos con la confianza en el Señor y pidiéndole para todas ellas su ayuda.

Fundamentos de la gran cruz concedida

La cruz, la gran cruz que se le ha concedido, se concede, según los rituales, por dos motivos: por su adhesión a la Santa Sede y por sus extraordinarios trabajos en pro de la Iglesia. Creo que en esto tenemos todos los jóvenes españoles un verdadero programa: la adhesión al Romano Pontífice y el trabajo incansable por la Iglesia.

El sincero deseo de la Juventud española

Yo aprovecho con extraordinaria satisfacción la insigne presidencia del señor Nuncio de Su Santidad para transmitirle de todo corazón el deseo de la Juventud española de no trabajar sino a las órdenes del Romano Pontífice en la forma que El desee y en la medida que lo quiera. Igualmente trabajar por la Iglesia, hacer obras para la Iglesia. Yo también quiero testimoniar en estos momentos que precisamente en este acto en que hemos hablado representantes de tres organizaciones católicas juveniles, hemos podido dar ante todo una muestra de que el deseo de la Juventud es el de llegar a una unión firme, a tener un solo corazón y una sola alma, a trabajar en el futuro con una sola cabeza, que es la del Romano Pontífice, con su pensamiento, haciendo lo que El desee y quiera por el bien de nuestra amada Patria española y por el bien de la Iglesia universal.

La gran cruz del Calvario

Finalmente, diré que lo que el Romano Pontífice ha concedido como premio a nuestro queridísimo Martín-Sánchez es una cruz. Y nosotros, en estos momentos, sólo le pedimos a Dios que si trabajamos con todo nuestro entusiasmo y buena voluntad, no nos dé el día de mañana sino la gran cruz que no es

Discurso de don Fernando Martín-Sánchez Juliá

“La cruz de San Silvestre—dijo—tiene por titular a un Papa que representó la colaboración del Príncipe con la Iglesia, norma que he tenido siempre en todas las cuestiones de mi vida”

“JOVENES: NO CAÍGAIS EN LA TENTACION DE HACER DE VUESTRO APOSTOLADO UN DERIVATIVO DE CUALQUIER IMPOSIBILIDAD DE ACTUACION POLITICA”

Excelentísimo señor Nuncio Apostólico, excelentísimo señor Ministro, excelentísimos y reverendísimos señores Prelados, señoras y señores:

Sin falsa modestia, con una sinceridad absoluta y leal, tengo que decirlo, señor Nuncio, señor Ministro, señores Prelados y amigos todos, con aquellas palabras del milite romano: señores, yo no soy digno ni de que el señor Nuncio se haya molestado en imponerme esta Cruz, ni soy digno de que el Santo Padre se haya acordado de mi modesta persona. Lo digo con profunda voluntad de decir verdad. Creedme, además, que aun acostumbrado a presidir y a dirigir casi desde la infancia, resulta demasiado azorante verse protagonista de una serie de actos solemnes que se suceden en poco tiempo. ¡No, por Dios! Cejad ya en vuestros homenajes; dejadme volver a mi oscuridad. Os lo pido de todo corazón.

Siempre he dicho que la publicidad del individuo es como la ley mecánica de la fricción y el frotamiento. La publicidad del individuo es el frotamiento de la persona con la colectividad, y el frotamiento engendra desgaste, calor e irritación. Dejémoslo ya, pues, quieto. Porque yo no he podido imaginarme, estaba muy lejos de todas mis posibles previsiones que iba a ser protagonista de este acto, cuando no hace todavía más que un mes menos unas horas se me imponía la gran Cruz de Isabel la Católica que se dignó concederme el Jefe del Estado. Pero las cosas han venido así, sin yo buscarlas ni quererlas, y hoy, a lo que dije entonces sobre cuál debía de ser la actitud de un cristiano al recibir honores—triple actitud: contento, agradecido y consciente—, añadiría que ese agradecimiento, en este caso, ha de ser filial, de un humilde hijo al Padre de todos nosotros, a la persona del Sumo Pontífice. Y consciente también, porque esta condecoración, como la otra, es una conde-

esta gran cruz, sino la gran cruz del Calvario, la gran cruz de crucificarnos con El, de hacer en esta Casa de San Pablo—con una frase suya—que se complete en nosotros su pasión. Estamos dispuestos a todo por seguir, por continuar modestamente, en nuestras fuerzas pequeñas y reducidas, la gran obra de don Fernando Martín-Sánchez Juliá. (Grandes aplausos.)

* * *

A continuación, el señor Nuncio Apostólico, monseñor Cicognani, impone las insignias de la gran cruz de San Silvestre a don Fernando Martín-Sánchez Juliá, y dice el señor Nuncio:

Tengo mucho gusto en imponer a don Fernando Martín-Sánchez las insignias de la gran cruz de San Silvestre como gratitud de la Iglesia por todo lo que ha hecho y que debe continuar haciendo.

En pie todos los asistentes, aplauden a don Fernando Martín-Sánchez durante largo rato.

coración colectiva, que en partes aliquotas corresponde a todos los que han colaborado conmigo en las obras en que trabajo; los que fueron y ya no son porque murieron, bien de enfermedad, bien como héroes o mártires durante la guerra de Liberación. Cruz también que toca a los que conmigo colaboran y trabajan hoy, muchos, acaso, más que yo. Cruz, por último, que alcanza también a esta juventud que, como prometedora esperanza, se asoma a nosotros y a nuestras perspectivas.

Gracias, muchas gracias, señor Nuncio. Donosa y paternalmente, vuestra excelencia me ha dicho alguna vez que fui su primer amigo al llegar a España. Cronológicamente, desde luego; quizá porque comprendo el italiano y hasta me atrevo a maltratarlo cuando intento hablarlo. Pero, señor Nuncio, yo he de añadir algo más: si fui el primer amigo cronológicamente, seguro que lo soy también en mi lealtad para vuestra persona y para el Pontífice que representáis en España. Quizá no sea demasiado asiduo, porque agradezco vuestro tiempo y no quiero hacérselo perder a vuestra excelencia; pero ya sabe el señor Nuncio que basta con que me haga una indicación para que yo esté a su servicio y al de la Iglesia universal que representa.

Gracias también, señor Nuncio, si vuestra excelencia se digna elevarlas hasta el trono del Soberano Pontífice. Yo sé bien que unas gracias humildes de un católico perdido en el mundo, cuando diariamente al trono del Santo Padre suben en apretado haz tan numerosas peticiones, acciones de gracias, cuestiones, preocupaciones y problemas, no serán notadas. Salvo un milagro, no podrá hacerse con ellas lo que nuestro Núñez de Arce decía de la oración multitudinaria comparándola con los haces de columnas de nuestras góticas catedrales. Escribía el poeta:

Haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva,
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando a los cielos llega
surge cada oración distinta y clara.

Creo, pues, que estas gracias mías no podrán llegar distintas ni claras, pero sí sinceras y sentidas hasta las gradas del Solio pontificio.

Recuerdos de Roma

¡Recuerdos romanos míos, haces de recuerdos de Roma! Recuerdos casi de adolescencia cuando iba en aquella primera peregrinación nacional de las Congregaciones Marianas españolas que presidió el Cardenal Benlloch, de venerada memoria, en la cual tuve el honor de ser recibido por Su Santidad el Papa Pío XI y de hablar en el acto público en que usó de la palabra, por los directores de congregaciones, el padre Alfonso Torres, de santa memoria, y por los congregantes de toda España este mismo que os habla ahora. Recuerdos de Roma, de aquella ingente figura del

Cardenal Merry del Val, cuando me encargó asuntos quizá proféticos para la España de los tiempos posteriores. Recuerdos de Roma, de aquella convivencia mía con la Juventud Católica italiana cuando la presidía aquel simpático “profeta bíblico”, con su barba blanca, que llamábamos todos “Papá Pericoli”. Recuerdos también cariñosísimos para la ceremonia de la apertura de la Puerta Santa de 1924, en que fui uno de los pocos españoles que tuvo la fortuna de presenciarla en el atrio, a pocos metros del Soberano Pontífice. Recuerdos, por fin, venerados de monseñor Pacelli, después Arzobispo y Nuncio en Munich, en aquella habitación donde recibía, con vidrieras policromadas que daban a un patio interior, se sentaba monseñor Pacelli para hablar con sus visitantes amablemente, sagazmente, santamente, en pleno éxito diplomático, cuando acababa de conseguir el primer concordato con el mundo germánico en el Estado de Baviera, anuncio feliz e inmediato de su difícil triunfo, logrando nada menos que un concordato con Prusia, la que fué Prusia de Bismarck, en el mismo Berlín, a los pocos meses.

La gran cruz de San Silvestre

Cruz de San Silvestre, cruz que tiene por titular a un Papa que representó la colaboración del príncipe con la Iglesia, norma que he tenido siempre en todas las cuestiones de mi vida. San Silvestre, que bautizó a Constantino; Constantino, que garantizó, por así decirlo, el orden y la paz del concilio, cuyas conclusiones San Silvestre había de elevar a símbolos de fe. San Silvestre, que sugirió la edificación de San Juan de Letrán y de la primitiva basílica de San Pedro del Vaticano. Y fué el emperador quien las construyó.

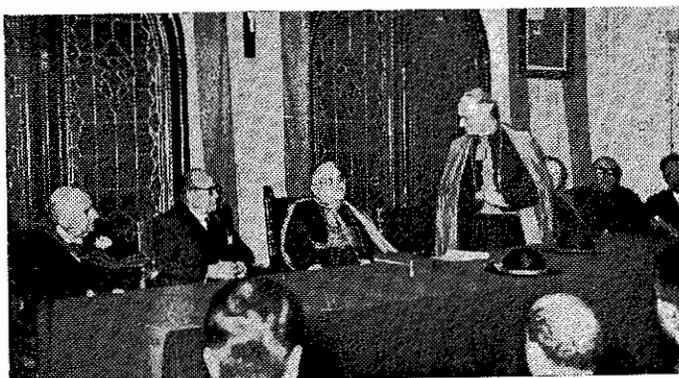
Colaboración entre la Iglesia y el Príncipe fecundísima siempre. Colaboración que yo he defendido y por la que he trabajado con mi mejor voluntad.

A los jóvenes

Y a vosotros, queridos jóvenes, que habéis iniciado este homenaje, que sois la causa ocasional remota de la bondad del señor Nuncio y de la benevolencia y dignación del Santo Padre, ¿qué voy a decirlos? Las generaciones maduras —y yo he culminado hace poco el medio siglo—p o d e m o s tener tres actitudes frente a la juventud: dos que las reputo insensatas y una actitud que es sensata. La primera actitud de insensatez es adular, elogiar sin medida a la juventud. Esto es insensato, porque en lugar de formar, la adulación deforma y desmedula. Otra actitud insensata es la contraria: adoptar una postura despectiva. “¡Bah, cosas de muchachos! ¿Para qué voy a perder el tiempo aconsejándoles? Ya la vida con sus tropezones y sus escarnimientos les enseñarán y les darán experiencia. Entonces aprenderán.”



Después de recibir el galardón pontificio, Fernando Martín-Sánchez pronuncia palabras de estima y agradecimiento



Monseñor Zacarías de Vizcarra cierra el acto con un discurso

Actitud insensata por despectiva, pues despreciando no se llega al diálogo y, por tanto, no hay continuidad entre las generaciones. Y hay una tercera actitud sensata, que es estimar a la juventud, estudiarla, aconsejarla, alabarla en lo bueno y corregirla en lo malo, mantener diálogo con ella. Y esta única actitud sensata es la que siempre yo he seguido. No he hecho nada más que lo que siempre hice, queridos jóvenes.

Y ahora voy a terminar dándoos un consejo de cómo hay que servir a la Iglesia en los trabajos de apostolado, cuyo fundamento ha de ser siempre estrictamente sobrenatural.

Si las ideas se patentaran, si las frases se acuñasen como los progresos mecánicos o las monedas, habría podido patentar y acuñar, hace un cuarto de siglo, esta frase que, gracias a Dios, hoy ya es manida, corriente, y con la cual, por cierto, se ha expresado durante el Año Santo por la más alta representación del Estado español en Roma el deseo de España de "servir a la Iglesia". Servir a la Iglesia como ella desea ser servida. Como ella desea ser servida, atentos al pensamiento pontificio, atentos a la indicación oportuna de la Jerarquía. Servir a la Iglesia, pero no servirse de ella. No cobijar nuestros errores ni nuestras imperfecciones bajo la bandera de las ideas católicas. Jamás, jamás. Jóvenes: que nunca en vuestra vida caigáis en la tentación de hacer de vuestro apostolado católico un derivativo de cualquier imposibilidad de actuación política.

Leales y quijotes

Chocará a algunos que en pleno positivismo de la mitad del siglo XX yo os diga a vosotros, jóvenes, que sirváis con lealtad a la Iglesia y hasta con quijotismo. ¡Lealtad! ¡Quijotismo! Pero ¡qué palabras tan anacrónicas en estos tiempos en que todo el mundo busca su provecho y lograrse una situación! No, por Dios. Servir con lealtad, que es con silencio y con discreción. Servir con quijotismo también.

Hay casi al final del "Quijote" un episodio de gran valor moral que nunca he visto comentado en este sentido. Cabalga Don Quijote armado de punta en blanco por la arena de las playas de Barcelona, cuando se enfrenta a él otro caballero con todas sus armas: el Caballero de la Blanca Luna, que le reta a singular combate para obligarle a declarar, si es vencido, que Dulcinea del Toboso no es la más bella criatura de la tierra. Y empezado el singular combate, de un simple encontronazo el Caballero de la Blanca Luna derriba al macilento Don Quijote, y caído en tie-

rra le pone la lanza sobre el yelmo y le dice al vencido caballero que confiese aquello a que se comprometió. Y Don Quijote, derribado y caído, responde: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad."

Pues, queridos jóvenes: Cuando en la vida, que tiene muchos azares, os sintáis vencidos y derribados, y se acerquen a vosotros sirenas y mefistófeles que os digan: "¡Con lo que tú vales; si te hubieras dedicado a otra cosa! ¡Con

lo que tú eres; si hubieses servido a otras ideas! ¡Si te hubieras colocado en el mundo de las finanzas en lugar de hablar de catolicismo y de ideas sociales católicas", respondió quijotesca-mente diciendo: "Soy el más desgraciado caballero de la tierra; pero mi flaqueza no mengua esta gran verdad: que mis ideas, mi religión y mi Iglesia, como única verdadera, es la más bella religión que jamás ha concebido ni conocido alma ni espíritu humanos. Jamás, ninguna mejor. He dicho. (Grandes aplausos que duran largo rato.)

Palabras de monseñor Zacarías de Vizcarra, Obispo de Ereso y consiliario general de la Acción Católica Española

Me toca comentar algunas de las palabras que ha dicho el señor Martín-Sánchez, porque no puedo comentarlas todas, ya que ha sido tan denso su discurso, ha dado tan hermosos consejos, que no me sería posible hacerlo en tan poco tiempo.

En primer lugar, le voy a decir que eso que nos ha pedido de que no más honores, no más distinciones, que quiere retirarse a su rincón, eso no se puede decir, porque San Agustín, al comentar en el Evangelio de San Mateo aquello que dice Jesucristo: "Brille vuestra luz de tal manera, que al ver los hombres vuestras obras glorifiquen a Dios", dice que el que tiene luz tiene que mostrarla. En un servicio público, no se debe desear la alabanza humana, dice el santo; la alabanza humana no debe ser apetecida por el sabio, pero debe seguir al sabio para que dé ejemplo a aquellos a quienes puede aprovechar la imitación del que se alaba. El recibir estos honores es un servicio público, un servicio público costoso, porque como añade el mismo San Agustín, "el alabar lo bueno no aprovecha al que es alabado, sino a aquellos que alaban", porque aquel que es alabado tiene un verdadero peligro de envanecerse, de abrogarse asimismo eso que es meramente don de Dios.

En segundo lugar, nos ha dicho también algunas de las características de aquel que es el titular de la gran cruz que ha recibido, y yo le diría que a San Silvestre le debe imitar en cuatro cosas. En primer lugar, como él nos ha recordado, San Silvestre edificó la basílica de Letrán, y también la basílica de San Pedro. Echó asimismo los cimientos, aunque no se terminó, de la basílica de San Pablo extramuros, levantó la basílica de la Santa Cruz y la basílica de San Lorenzo, el español honrado en Roma con la primera basílica al lado de la del Salvador y de la

Santa Cruz de Jerusalén. Este afecto de San Silvestre a San Lorenzo se explica de alguna manera, y se ve por la perfecta compenetración del espíritu español con el espíritu romano. San Lorenzo era de Huesca. Todavía me mostraron hace poco, cuando he estado en Huesca, aquel conventito levantado en la casa de los padres de San Lorenzo. Felipe II, después de la victoria de San Quintín, quiso levantar allí el famoso Escorial, pero viendo que estaba demasiado cerca de la frontera de Francia, y que era en conmemoración de una victoria sobre Francia, dijo: "No, un poco más lejos." Y por eso vino al Escorial. Pero esta compenetración del espíritu de San Lorenzo con el espíritu romano se explica también por otra circunstancia, porque la región de España que simpatizó más y sintonizó más con el espíritu romano, fué la región de la Vasconia antigua, hasta el punto de que Sertorio estableció allí su cuartel general y su capital.

A continuación el señor Obispo de Ereso hizo una detallada exposición histórica para desarrollar y explicar el porqué de esta simpatía del pueblo español con el romano.

Termina indicando que San Silvestre tiene otra característica, y es la de que San Silvestre cierra el año viejo y abre el nuevo, ya que se conmemora el 31 de diciembre. Martín-Sánchez en esto le ha imitado, porque ha cerrado un período en la historia de la juventud y abrió también un nuevo período, que Dios quiera que sea largo y brillante y que no termine nunca.

Le voy a recomendar una cosa, en la que debe imitar a San Silvestre: San Silvestre es uno de los Papas que ha tenido más largo pontificado, pues lo tuvo durante veintinueve años. Yo deseo a Martín-Sánchez que tenga una vida larga, edificante y de abridor de nuevas épocas para la juventud española.

PIUS XII PONT. MAX.

PRECES NOBIS ADHIBITAS LIBENTER EXCIPIENTES, UT TIBI, QUEM SPECTATA IN ECCLESIAM MERITA COMMENDANT, CONSPICUUM BENIGNAE VOLUNTATIS NOSTRAE TESTIMONIUM PUBLICE EXHIBEAMUS, TE

Ferdinandum Martin Sánchez, e Diocesi Matritensi

A MAGNA CRUCE E QUISTEM ORDINIS S ANCTI S ILVESTRI P APAE
ELIGIMUS, FACIMUS AC RENUNTIAMUS. TIBI PROPTEREA FACULTATEM TRIBUIMUS MAXIMI ETIAM MODULI NOMISMA ARGENTEUM SINISTRO INNEXUM PECTORIS LATERI GESTANDI NEC NON PRIVILEGIIS OMNIBUS UTENDI, QUAE CUM HAC DIGNITATE SUNT CONIUNCTA.

DATUM ROMAE, APUD S. PETRUM, DIE *X mensis Junii anno MCMLI*

DE SPECIALI SS.MI MANDATO
PRO CARD. A SECRETIS STATUS



Jo. Bapt. Montini

Substitutus Secretariae Status

Fotocopia del diploma por el que el Sumo Pontífice concede la gran cruz de San Silvestre a nuestro Presidente, Fernando Martín-Sánchez Juliá

TRADUCCION DEL DIPLOMA ANTERIOR

Pío XII, Pontífice Máximo.

Recibiendo, con todo agrado, las súplicas que se nos han hecho para que públicamente te demos esclarecido testimonio de nuestra benevolencia, ya que notables méritos para con la Iglesia te recomiendan, a ti, Fernando Martín-Sánchez, de la diócesis de Madrid, te elegimos, hacemos y proclamamos caballero gran cruz de la Orden de San Silvestre Papa, y, por tanto, te damos derecho a llevar colgada al pecho, del lado izquierdo, la placa de plata, aun del modelo mayor, y además a usar de todos los privilegios que van unidos a esta dignidad.

Dado en Roma junto a San Pedro, el día X del mes de junio de 1951.

De especial mandato del Santísimo Padre.

Por el Cardenal secretario de Estado,

Juan Bautista Montini,

Sustituto de la Secretaría de Estado

Carta del Nuncio de Su Santidad a nuestro Presidente

“Nunciatura Apostólica en España.

Madrid, 23 de junio de 1951.

Excelentísimo señor don Fernando Martín-Sánchez Juliá, Presidente de la A. C. N. de P.—Madrid.

Excelentísimo señor y muy querido amigo: Acaba de comunicarme la Secretaría de Estado de Su Santidad que el Santo Padre se ha dignado conceder a vuestra excelencia la gran cruz de la Orden de San Silvestre, en premio a su acendrado amor a la Silla Apostólica y a sus relevantes servicios a la Iglesia.

Al tener la satisfacción de participarle tan grata noticia, me complazco a la vez en felicitar a V. E. por esta prueba de especial benevolencia con que el Augusto Pontífice ha querido honrarle, augurio feliz de los más preciados dones celestiales.

Aprovecho esta oportunidad para bendecirle y saludarle; reiterándole la expresión de mis sentimientos de distinguida y afectuosa estima.

† **Cayetano Cicognani**
Nuncio apostólico.”